

tá mal alumbrada. Sus principales edificios son humildes hoteles de la época de Luis XIII y Enrique IV.

El número 46 está al extremo, junto á la calle de Petits-Champs.

Es una casa antigua, de tres pisos, muy altos.

Frente al portal había un cupé.

Cuando Román se halló á veinte pasos del carruaje, retrocedió como si hubiera recibido un balazo en el pecho.

Acababa de conocer al cochero.

¡Era Stripp!

Acercóse más aún, y miró al interior.

No había nadie dentro; Stripp aguardaba á su amo.

XXXII

Era, en efecto, aquel coche el del marqués de Taunay.

Aunque la trágica historia de la princesa le dejó preocupado y hasta le hizo pensar en lo mal que hacía en entregarse á placeres é intrigas tan peligrosas, en vez de contentarse con las tranquilas y legítimas alegrías del hogar, embellecido por la presencia de la angelical y pura víctima que tenía abandonada, Oliverio no se enmendó; antes, por el contrario, desechó esas ideas, como si se tratara de una nube de mosquitos que le estuvieran zumbando en los oídos.

Cuando, al despertarse, vió á Servais que, según costumbre, entraba á arreglar la ha-

bitación, la primer pregunta que le hizo con su habitual aspereza y mordacidad, fué ésta:

—¿Creeis en los dramas de ese verdadero escenario que se llama la alta sociedad, Servais?

El criado sonrió.

No conocía más dramas que los representados en los teatros del Ambigu ó de la Puerta de San Martín.

El marqués insistió:

—¿Pero es que se puede envenenar fácilmente á cualquier individuo de la familia?

—¿Tiene el señor esas intenciones?

—Es un problema que ignoro si tiene fácil solución. Pues bien; ¿y si vos ó yo tuviéramos esa idea?

El criado explicó, con irónica verbosidad, que eso era muy difícil; que en las boticas desconfían mucho... Hizo presente á su amo que se exige la receta firmada de un médico para todo medicamento venenoso; y que por tanto, salvo los facultativos no hay, hoy por hoy, quien pueda matar impunemente á su prójimo, y que al fin y al cabo los químicos encuentran el veneno en el cuerpo de la víctima, aun cuando no exista tal sustancia..., lo cual era un colmo.

Y terminó aconsejando á su señor que si quería suprimir á alguno que recurriera á otros medios, que inventara algo nuevo.

—¡Y aun así—añadió—el negocio es muy escabroso!

El marqués y el criado trataron la cuestión á fondo.

Cuando Oliverio salió de su gabinete tocador, fresco como una gardenia, sus sombrías ideas, y sus remordimientos—poco arraigados desde luego—habían volado como una legión de cuervos, y no estaba lejos de pensar si habría sido juguete de un sueño, y si la princesa le habría contado, á guisa de pasatiempo, una especie de cuento de «Las mil y una noches».

Y le confirmó en esta idea, contribuyendo á disipar las últimas sombras de su espíritu, un sonrisa de la polaca al verle, á eso de las dos de la tarde, en el *boulevard*. El semblante de Wanda no tenía nada de trágico. Estaba muy tranquila. Dirigió á su amado una mirada tiernísima.

Parecía imposible que aquella mujer de semblante tan dulce, llevara sobre su conciencia uno de esos crímenes que llevan al cadalso á los incautos que se dejan prender; pues á más de asesinar á su marido, le robó toda su colosal fortuna.

Oliverio esperaba impaciente á que llegara la noche; pero le fastidiaba representar el papel de un estudiante bajo las ventanas de su hermosa.

Supo evitar ese detalle.

¿No era Felisa su cómplice?

Confiado en esto, puso unas líneas á la modista, rogándola que enviara á Solange antes de las diez á su casa.

La modista tenía sus razones para obedecer en todo y por todo.

Tuvo buen cuidado de hacer á la mucha-

cha algunas recomendaciones acerca de la actitud que debía guardar, consejos superfluos que Solange escuchó distraída. Ya no era la sencilla y tímida niña de Gué-aux-Biches. La sangre de su madre hervía en sus venas, con toda la fuerza de los veinte años.

La habitación que ocupaba estaba situada en lo alto y en el fondo de la casa: era un piso interior, muy modesto y antiguo.

Sin embargo, el conjunto resultaba agradable, casi elegante.

El mobiliario era también muy sencillo: dos sillones de cretona, color habana, un par de sillas y una mesa; sobre la chimenea, un reloj de mármol negro, que debió costar, á lo sumo, cincuenta francos en algún bazar, y dos candelabros de cobre.

El gabinete tocador, casi tan amplio como el otro aposento, estaba amueblado con cierta coquetería.

Felisa lo había arreglado todo, siguiendo las instrucciones del marqués.

En el instante en que daba permiso á Solange para que se retirase á su casa antes que las demás, le hizo la siguiente recomendación, que de seguro no hubiera halagado al marqués si lo hubiese oído:

—Pensarlo bien, y valor; de esta suerte cambiareis, cuando se os antoje, la humilde casita que habitais, por un magnífico hotel.

Cuando Román Tremor se detuvo á algunos pasos del cupé del señor de Taunay, éste acababa de bajar.

Preguntó al portero:

—¿Señorita Fargeas?

—Piso cuarto, al fondo del corredor, la puerta del centro.

Oliverio se hallaba bastante emocionado.

Llamó.

Solange se apresuró á abrir.

Estaba hermosa, como siempre.

No dijo una palabra. Colocó la lámpara en la mesa, indicó un sillón al marqués para que se sentara, y ella, á su vez, tomó asiento en el otro, cuidando de que la mesa la separara de su visitante.

Tenía puesto el mismo traje con que había ido al taller: un vestido negro muy sencillo, pero no exento de elegancia.

Oliverio la contempló un instante en silencio.

Mil diversos é insaciables deseos se agitaban en su corazón.

Dijérase, al verle, que estaba, no ante su víctima, sino ante su juez.

Hubiera querido tratarla con la familiaridad de otras veces, pero no se atrevía.

La altanera actitud de Solange le imponía respeto.

Al fin, esforzándose por parecer tranquilo, dijo:

—Estamos solos. Quiero explicaros lo que espero de vos. Esta entrevista será decisiva. De ella dependerá vuestro porvenir y el mío.

Ella permaneció impassible, pero sin perder palabra, dura la mirada y presintiendo lo que el otro iba á expresar.

—Ya sé que pretendéis odiarme—continuó

Oliverio.—Sin embargo, no he sido culpable más que de una falta que toda mujer perdona fácilmente. En Chevagnes sentía al veros, que mi sangre bullía con incalculable fuerza, que mi sangre bullía con incalculable fuerza, que mi sangre bullía con incalculable fuerza. Traté de parecer indiferente, bromista, y de no dar á ese amor, que se iba apoderando de todo mi ser, más importancia que si se tratara de un capricho; pero el instinto me advertía que jugaríais papel muy importante en mi vida. Y así ha sucedido. Desde que París ha acabado de perfeccionaros, no pienso mas que en vos; ¡no puedo apartaros de la imaginación! Es una embriaguez que se ha apoderado de mí, una fiebre que me consume y que nada puede curar. He intentado alejarme; una atracción, una fuerza desconocida me detienen; y me digo al compararos á las demás mujeres, que sois la mujermás deliciosa que el hombre más exigente pueda soñar.

Se interrumpió y fijó una ardiente mirada en el semblante de Solange, que continuaba impassible.

—No sois la muchacha del campo—prosiguió—sino la joven más elegante y graciosa de cuantas he conocido. Orgulloso estoy de esa transformación, que es, en algo, obra mía, y por la cual debíerais estarme agradecida, en vez de tratarme con tanto rigor. ¿Qué érais? Pensadlo bien. ¿Qué podeis ser? Pensadlo mejor aún. Sí, os he ofendido cruelmente, no lo niego. ¡Pero no sabeis, Solange, qué clase de locura, de extravío, se apodera del hombre ante una mujer como vos! ¿No

estoy dispuesto á reparar mi falta? ¿No os he entreabierto ya las puertas de ese paraíso de lujo, de bienestar y de goces, que es el sueño dorado de todas las mujeres hermosas, altivas é inteligentes? Si quereís, no habrá otra más admirada, más lujosa, ni más adulada. Pero es necesario para eso que un fanático, un entusiasta, os dé los medios de sostener ese rango, y cubra de oro el marco de vuestra existencia, que os prometo ha de ser muy risueña. Y yo, que os ofrezco esos medios, todo lo ilimitados que se os antoje, no exijo sino una condición.

—¿Cuál?

El marqués se acercó más á la mesa, y bajando la voz añadió:

—La de que abjures de tu estúpido rencor, y no me hables más de tan odioso pasado. ¿A qué recordarlo tanto, cuando no está en nuestra mano borrarlo? Y, después de todo, ¿no puede ser la causa de una felicidad que durará lo que nosotros, si correspondes, un poco siquiera, al amor tan inmenso y tan poderoso que me inspiras, y que se exalta al ver la luz de tus ojos, y al recuerdo de una belleza cuyas perfecciones llevo grabadas en el corazón?

El aguardaba una respuesta. La esperó; pero no vino.

Solange no despegó los labios.

—No me crees—añadió él, herido en su orgullo.—Haces mal. Al decirte que te quiero con pasión, con delirio, digo la verdad. Para que yo, el marqués de Taunay, esté

aquí, á estas horas, en esta pobre casa, suplicando, es preciso que hayas conseguido hacerme perder el juicio. Para mí, no existe en el mundo más mujer que tú; no tengo inconveniente en confesártelo, porque estoy seguro de ganarte, de merecerte; eres la única que deseo, eres mi todo. ¡Las otras, nada!

—¿Ni aún la señora marquesa de Taunay?

—Sin duda; ni aún la marquesa. ¿Es necesario repetirlo? Rochevieuille y Taunay estaban destinados á enlazarse. Los bienes se encuentran unos al lado de otros; los nombres, además, merecen enlazarse; pero el amor no entra en esos cálculos que se imponen y que otros hacen por nosotros.

—¿Ni aun la princesa Cavalli,—añadió Solange.

—¡Un capricho satisfecho! Un pecadillo de la juventud, que hartó me pesa, y cae por su propio peso! ¿Pero á qué me hablas de las demás?—exclamó animándose. Es de tí de quien se trata; es en tí en quien pienso, á tí á quien amo. Reflexiónalo bien. Represento para tí la riqueza, el lujo, el bienestar, los triunfos de la vanidad y la belleza.

—¿Y si yo rehúso?

—Es imposible.

—Suponed, no obstante, que así suceda, y contestadme.

—¡Es imposible!—repitió él con mayor viveza.

—¿Por qué?

Ella parecía tan poco conmovida, que él dudó del éxito.

La indignación subía como la marea, lentamente, á su cerebro.

Y perdiendo la calma, dejó de ser galante, y repuso, brutalmente, dando golpes en la mesa con ambas manos:

—Porque el propio interés hablará más alto que los resentimientos; porque debes tener alguna ambición, si no para tí, para otro en quien debes pensar.

—¿En quién?

—Tienes un hijo.

—¡Ay!

—Un hijo á quien amas...

—Sin duda; ¡en razón á las lágrimas que me ha costado!

—¡Qué importa la causa! Lo esencial es que si yo te retiro mi apoyo, ¿qué le quedará?

—¡Su madre! Por pobre que ella sea, su cariño valdrá más á sus ojos que la protección de un padre que reniega de él.

El era presa de una agitación que no disimulaba.

Solange continuaba inmóvil, mientras él paseaba á lo largo de la habitación; pero no le perdía de vista, ni abandonaba algo que escondía entre los pliegues del cuerpo, sujetándolo con la mano derecha.

—Te engañas—repuso Oliverio con violencia;—es un bien que aventaja á los otros. Tu hijo, cuando sea mayor, dirá otro tanto y te maldecirá si te niegas á hacerte cargo de esas ventajas. Es la riqueza. Sin ella no se consigue nada; pero en cambio, poseyén-

dola, todo se domina y se desafia todo. ¿Qué te he prometido en otra ocasión en Chevagnes? ¿Fué acaso mi nombre? Esto hubiera sido una insensatez. Hay las exigencias del nacimiento, de clase, ante las cuales no hay más remedio que bajar la cabeza. Pero todo lo demás que te he ofrecido, ya sabes que estoy dispuesto á cumplirlo.

Ella se obstinaba en callar.

El entonces se trocó en una fiera.

—¿De manera que no hay medio de convencerte?—exclamó.

—Ninguno.

—Sabes lo que he hecho y lo que quisiera hacer en tu favor. Decide tú misma lo que ha de ser de tí. Contesta.

—Pues bien, no quiero esos favores de que hablais; desprecio cuantos bienes me ofrecéis. Seré sincera, puesto que vos también lo sois; franca, puesto que lo exigís. Si hasta ahora he aceptado vuestros socorros, es porque no he tenido más remedio. Sin dinero, sin amigos, sin tener siquiera un oficio con qué ganar, no para mi vida, que nada importa, sino para la de esa criaturita, á quien no podía abandonar; sin tener tampoco el recurso de colocarme como sirviente, puesto que hubiera sido vergonzosamente echada de la casa, á causa de mi estado, me he visto obligada á soportar vuestros beneficios, que no puedo agradecer. ¡No me compensan el mal que me habeis causado! Por lo tanto, como no quiero nada vuestro, os restituiré la cantidad que hayais gastado en mí, aun cuando

para lograrlo tuviera que venderme en este París, cuyos vicios, gracias á vos, comienzo á comprender. ¿Queríais una respuesta? Ya os la he dado.

Oliverio trató de sonreír.

—¿Quiere decir, que me detestas?

—Sí.

—¡Es extraño!—exclamó él con cierta ironía.

—¿Eso creéis?—replicó ella animándose á su vez.—Yo vivía dichosa, entre mi novio, á quien adoraba, no lo dudeis, y mis padres, que cifraban en mí toda su alegría, su único cariño, ¡he de rendirme á esas deshonrosas tentaciones! No, no trateis de corromperme con vuestro oro, porque será inútil. No pienso más que en la choza donde pasé mi infancia y los primeros años de la juventud. Cuando me sorprendísteis, yo era una inocente y no sabía lo que era el mundo ni que existieran tantas infamias. Teníais á vuestro favor el prestigio del nombre, de la autoridad, ¡puesto que es preciso decirlo! Temblaba al veros, y no me atrevía á excitar un enojo cuyas consecuencias temí que pudieran perjudicar á mi padre y privarle del mezquino empleo que tiene y que necesita para vivir; ¡los pobres tienen tanto que sufrir! A pesar de todo, me defendí como pude; quería también conservarme pura para el hombre á quien amaba y á quien, desde lo íntimo del alma, estaba prometida, ¡el cual me esperaba para hacerme su esposa, y me trataba con el respeto que merece la mujer verdaderamente amada!...

¡y que había de llevar su nombre!... Pero vos, ciego por no sé qué pasión egoísta y feróz, violentásteis la puerta de mi casa, como un ladrón, y abusando de vuestra fuerza, ahogándome, dejándome medio muerta, os apoderásteis de mí; ¡y por un minuto de salvaje sensación, habeis destrozado mi existencia, agotado mis esperanzas, las de mis padres; reducido á la desesperación á mi prometido, y habéisme obligado, para ocultar mi deshonor, á dejar todo lo que amaba; y aquí estoy, nada más que por causa vuestra, en este París, centro de todas las infamias! ¿Y creéis que con decirme:—Os amo; os tomé y me perteneceis; pero esta vez ha de ser de buen grado—he de caer, loca de pasión, en vuestros brazos? ¡No, señor marqués, no! Ni en Chevagnes me entregué, ni en París me venderé.

Se puso de pié. Estaba nerviosa; con el semblante pálido y la mirada brillante; era un cuadro.

Oliverio enloquecía; la halló más hermosa que nunca, adelantó unos pasos y extendió los brazos.

Ella retrocedió y sacó en seguida un puñalito que guardaba en el pecho.

—Si os acercáis—le dijo—os mato.

Su fisonomía expresaba tan firme resolución, que él se detuvo, lívido de rabia.

—¡Eso es ya demasiado!—exclamó Oliverio.—Vergüenza me dá rebajarme así ante tí. ¿Qué fatalidad te ha colocado en mi camino, y por qué indigna debilidad te habré de-

jado tomar tanto imperio sobre mí? Confío, después de todo, en que me será fácil poner remedio á esto. Me bastará con querer.

Ella estaba cruzada de brazos, pero sin dejar el puñalito, cuya brillante hoja destacaba sobre el fondo negro del cuerpo del vestido.

El marqués titubeó un instante. Se sonrojaba de lo que tenía que decir aún. Sin embargo, lo dijo.

—¿Persistes en tu ódio?

—Sí.

—Quedas libre. Piénsalo bien antes. A partir de este instante no habrá nada de común entre nosotros. Me haré cuenta que no te he conocido.

—¿Lo cual quiere decir que debo cuidar de mi existencia?

—Tú lo has querido.

—¿Y ese niño?

—Ya sabes cuáles son mis condiciones.

—Está bien.

Solange no añadió mas palabra.

Pero como el marqués no se apresurase á salir, le dijo:

—Adios, caballero.

Oliverio se volvió, y con acento más dulce, repuso:

—¡Solange!

—¿Hay más?

—Te forjas ilusiones respecto de la vida que te aguarda. Vas á encontrarte sola, sin recursos...

—¿Qué os importa?

El sacó del bolsillo una cartera, y cuando la iba abrir, díjole ella:

—Guardad vuestras limosnas. No las quiero. Viviré de mi trabajo.

—Ese trabajo supone la miseria.

—La soportaré. Adios.

—Adios, pues.

Salió bruscamente. Solange cerró la puerta y echó el cerrojo.

Poco despues oyó que el carruaje se alejaba.

El señor de Taunay separóse de Solange sumamente irritado por su obstinación y decidido á no volverla á ver.

Se hizo llevar á uno de los principales círculos, en donde se jugaba en grande durante toda la noche. Talló para aturdirse y arriesgó enormes sumas. La suerte, verdadera diosa de los naipes, siempre que los *griegos* no intervienen, le favoreció. Estaba de vena y ganó cuanto quiso y cuanto no quiso, pues lo mismo las ganancias que las pérdidas le eran indiferentes. No pensaba sino en Solange, y por primera vez en su vida sentía desarrollarse en su espíritu una verdadera tempestad de amor y de ira; ambas pasiones estallaban con igual violencia.

Al amanecer estaba aún lívido de cansancio frente al tapete verde y ante un monton de monedas de oro, de fichas y billetes del Banco, que los criados y *croupiers* contaban, mientras él seguía jugando con la indiferencia del millonario, para quien la Fortuna no tiene mas que sonrisas.

Había allí dinero para adquirir un dominio: él hubiera dado aquello y mucho más por estar una hora al lado de Solange.

No veía mas que á ella, y le parecía que su imagen, hermosa y amenazadora á la vez, le decía: «¡No podrás olvidarme! Desgraciada por tu causa, he de hacerte sufrir, centuplicadas, mis torturas.»

Tenía el aspecto de un alucinado.

Un criado, que advirtió su preocupación, le dijo respetuosamente:

—¿Quiere el señor marqués que le acompañe?

—¿Por qué?

—Por los ladrones...

Oliverio se negó, guardó de cualquier modo en diferentes bolsillos todo el dinero, tomó un coche del círculo, entró luego en su casa y llegó á su aposento como si fuera un malhechor, penetrando por una puerta interior, cuya llave tenía. No logró dormir tranquilo, ni pudo apartar de sí la imagen de Solange, bella como nunca, y como nunca también indignada y despreciativa.

Román Tremor no podía dormir tampoco.

La depravación de Solange resultaba indudable.

No cabía duda que era la querida del marqués.

Se puede ser crédulo, pero no ciego.

La indignación, la rabia, se apoderaron de él.

Paseó lo menos diez veces de un extremo á otro de la calle de Sourdiere, sin perder de

vista el carruaje de Taunay, procurando que el cochero no le conociera, é iba iracundo, avergonzado, desesperado, celoso; aguardaba á que el otro saliera para subir él entonces á casa de Solange, arrojarse sobre ella, matarla y matarse después.

Felizmente, transcurrió bastante tiempo sin que Oliverio saliera.

El inmenso reloj de la iglesia de San Roque dió las once y luego la media.

El marqués de Taunay no salía.

Iban á dar las doce cuando al fin apareció.

Román, oculto en la esquina de la calle, acechaba que partiera; Strip había permanecido en el pescante dos horas enteras, impasible, cual el destino.

La berlina pasó como un relámpago cerca del desgraciado Román; éste, amenazando con el puño cerrado al que iba dentro del carruaje, parecía loco.

Luego, variando de idea, decidió ir á su propia casa, jurándose, como el otro, no volver á ver á aquella mujer, muerta ya para él.

¡Pertenece al señor de Taunay! Aquella violencia de que ella habia hablado en la fragua, la noche aquella en que la escuchaba sin ser visto, no fué más que una invención, una excusa. Y el cariño que decía sentir por él, mentira. ¡Oh, las mujeres! Su hermano Juan tenía razón. ¡No merecen el amor de un hombre digno!

Cuando entró en su habitación, se halló con que Brichet habia colocado su cama junto á la de Juan.

Este dormía á pierna suelta desde que se acostó, y ya hacía cuatro horas de esto.

Román le miró con envidia.

—¡Feliz él!—pensó.

Y despues de comparar los tiempos felices del Priorato, con los amargos días que estaba pasando en París; después de maldecir mil y mil veces á aquella ingrata mujer y de proponerse volver al lado de su padre y hasta casarse con la que primero encontrara, decidió escribir á Solange:

«Comprendo al fin por qué estais escondida. Teneis miedo de que se sepa qué clase de vida llevais. He sufrido mucho. No podeis adivinar cuántas angustias he pasado antes de saber algo de vos y dónde vivíais.

»Desde vuestra fuga no he tenido otro afán. A fuerza de indagar, logré descubrir vuestro escondite. ¿A qué mentir? Sentí una inmensa alegría al pensar que iba á veros. ¡Ojalá hubiera seguido ignorando el camino para llegar á vos!

»Pero quizá mi ángel bueno me llevó, á fin de curarme de un amor tan imbécil. ¡Era una demencia! Yo no vivía sino para pensar en vos; érais para mí antes que mi padre y mi hermano, y ¡vergüenza me da decirlo, que la memoria de mi madre. ¿Y qué he logrado ver? ¡Que él estaba allí, á vuestro lado ¡él! ese miserable que os ha perdido, el hombre á quien debo las torturas que me agobian! Fui tonto y creí que todo sucedió por la violencia.

»La noche en que fuísteis á despediros de la Simona, os escuché, escondido junto á la ventana de la fragua. Os ví llegar, y me quedé allí, atraído por la locura del amor que me dominaba. Cualquiera hubiese tenido la misma fe que yo tuve en vuestro lastimero acento, en vuestras lágrimas. ¡Acento engañoso, lágrimas que mentían, como miente vuestro dulce y virginal semblante! Esta noche he visto... Todo lo sé.

»Adiós, Solange, mujer perdida, ¡mujer que se vende! Quiero romper tu retrato en mil pedazos; jese retrato que fué una reliquia para mí! Quizá te amo aún; no lo sé, pero quiero aturdirme, arrancarte de este corazón tan cobarde y arrojarte muy lejos de él. Adiós.

»ROMÁN TREMOR.»

Después de escrita la carta quedó sumido en la mayor desesperación.

—¿Qué haces?—preguntó Juan, que se había despertado.

—Pero...

—¿No duermes?

Román no acertaba á contestar.

Procuró esconder el retrato de Solange.

—No lo escondas—dijo Juan;—desde hace rato te estoy observando. Vas á volverte loco. Te lo repito: cástate con ella.

—¡Jamás!—contestó categóricamente Román.

—Pues entonces con otra.

—Ya veremos.

Juan Tremor no estaba convencido. Hacía bien en dudar.

En cuanto fué de día, Román guardó la carta en el sobre, puso las señas y salió.

A las seis, y cuando el portero de casa de Solange abrió el portal, se presentó un hombre con una carta en la mano.

—Para la señorita de Fargeas—dijo.—Es urgente. Subidla antes de que salga.

Y entregó al buen hombre la correspondiente propina.

—¿Qué significan estas visitas?—pensó el portero.

Y se apresuró á subir los cuatro pisos y á llamar en el que habitaba Solange.

—Señorita—le dijo,—vengo á traeros una carta y vengo también á advertiros...

—¿Qué, señor Lorenzo?

—Que quien la traído, y debe ser el mismo que la ha escrito, no me ha parecido en su cabal juicio.

Ella palideció al ver la letra del sobre.

—¡Román!—dijo para sí.

Y volviéndose al portero,—repuso:

—Gracias, señor Lorenzo.

Solange leyó sin demora la carta de Román.

Se contuvo delante del portero; pero en cuanto se halló sola, no pudo más, y dejándose caer en una silla, se entregó á la mayor desesperación.

—¡Yo mujer perdida,...! ¡mujer que se vende...!—exclamaba.

No lloró, sin embargo.

Estaba habituada al sufrimiento, á las humillaciones. Pero aquella era mayor que todas.

Si no quería ver á Román, si le ocultó donde vivía, era porque tenía miedo de hallarse frente al hombre que no podía olvidar, y desfallecer; lo cual equivaldría á renunciar al plan que, confusamente aún, se había trazado; á la venganza, llamémosla así, con que soñaba y para cuyo cumplimiento necesitaría de todo su valor.

¡Y Román la insultaba, como Taunay! Y se veía ahora condenada á tener que soportar tales insultos que no podía ni quería contestar.

Era demasiado para sus fuerzas.

La lucha contra el marqués no importaba; ¡pero con el otro era imposible!

Guardó la carta en un cajón, junto á varios objetos que guardaba cuidadosamente; se puso otro vestido á toda prisa y se dirigió presurosa á la calle de la Paz.

Una vez allí, fué en busca de Juliana, que estaba tomando el desayuno tranquilamente en la cocina, y le dijo:

—¿La señora está ahí?

—Debe estar durmiendo aún.

—Voy á enterarme.

Juliana sospechó, no sin razón, que algo importante sucedía.

Solange, como Román, también parecía demente.

Felisa estaba ya despierta. Y al ver á Solange, se incorporó en el lecho, ávida de escuchar noticias que juzgaba interesantes.

—¿Vos aquí, Solange?

—Sí, señora.

—¿Tan temprano?

—Vengo á deciros adiós,—dijo muy deprisa.

Felisa no podía creer que aquello pudiera ser cierto. Solange representaba para ella una importante suma. Y no quería perderla.

Pero es preciso hacer justicia á la modista; amaba algo á su discípula; pero esto no es decir que no estimara más sus propios intereses.

—¿Cómo! ¿Me abandonais?

—Es preciso.

—¿Y por qué es preciso, niña mia?

—Porque median dos hombres á quienes no quiero volver á ver.

—¿El marqués?

—Desde luego.

—¿Y el otro?

Solange se mordió los labios.

—El otro—dijo—es Román Tremor. Ignoro cómo se las ha arreglado para saber mis señas.

—¿Le habeis visto?—preguntó Felisa con viveza.

—No, señora...

—Entonces...

—Me ha escrito.

La modista respiró. Tenía bastante experiencia del corazón para dejar de temer que Román y Solange se vieran; y Solange le había hecho las suficientes confianzas para poder apreciar todo el valor que la pobre

muchacha necesitaría si quería tener lejos de sí á Román Tremor, comprendiendo que un momento de debilidad lo echaría todo á perder, puesto que ambos se amaban lo bastante para olvidarlo todo.

—¿Y cómo no os ha hablado?

Solange refirió lo sucedido: la visita del marqués, sus amenazas, sus ofrecimientos y la indignación de Román.

Y concluyó diciendo:

—Quiero desaparecer, vivir solamente de mi trabajo y no volver á ver al uno ni al otro; al marqués porque lo odio, á Román...

—Por lo contrario—se apresuró á decir Felisa.

Solange no contestó.

Felisa reflexionó. Después de todo, la resolución de la muchacha secundaba á maravilla sus proyectos. La desaparición de Solange serviría para aguijonear la pasión del marqués. Además, alejada de Román Tremor, había un peligro menos, y el más importante. Y, en fin, Solange, hasta entonces, había sido relativamente feliz, puesto que no careció de nada; esto quizá la hiciera más inflexible. Mientras que ahora iba á sufrir verdaderas privaciones, y ya sabemos que el hambre es mala consejera...

Como un experto general en pleno campo de batalla, Felisa estudió la situación de una sola ojeada y resolvió en seguida.

—Teneis razón—contestó.—No me atrevo á deteneros. Reconozco que el marqués no se porta como un caballero. Su proceder es in-

digno. Sin embargo, teneis que defender los intereses de vuestro hijo. Es preciso pensar en él. Las circunstancias os harán ver claro más adelante. El marqués no se ha de considerar vencido. Volverá. En fin, por lo pronto, hay que pensar ante todo en vivir. ¿Dónde ireis?

—¡A la ventura! ¡Donde Dios quiera!

—No confiéis demasiado. ¿Tenéis dinero?

—Lo sabeis también como yo. Nada más que unos cuantos luises.

—¿Y colocación?

—Ninguna. Mas no desespero de hallarla.

—Eso es muy inseguro. No abundan tanto como parece. Por fortuna, estoy yo aquí. Supongo que os inspiró la suficiente confianza para ser oída.

—No lo dudeis.

—Felisa saltó del lecho, se calzó unas babuchas turcas, púsose una magnífica bata, y, sentada frente á la mesa-escritorio, escribió unas cuantas líneas.

Luego entregando la esquelita á Solange, le dijo:

—Tomad; no teneis más que presentaros con esta carta á las hermanas Vernon, calle de Auber.

—¿Las modistas?

—Sí; las que se dedican á trajes y abrigos.

—No entiendo de hacer abrigos.

—¡Tonta! Os dedicarán á *maniquí*. Una confección cualquiera en vuestro cuerpo, aumentará de precio. No sé qué sueldo os señalarán. De fijo no será mucho. Pero mas vale algo que nada.

—La calle de Auber está cerca de aquí.

—Razón de más para que no vayan á buscaros. Alquilais una reducida habitación en los alrededores, y dejais en seguida la que teneis ahora. Debeis tratar al marqués con el mayor desprecio, y ya veremos... El arte está en hilar muy delgado. ¿Me habeis entendido?

—Sí, señora.

—Y de todo esto que hemos hablado, cuidado con decir ni una palabra á nadie, ni á Juliana. Es prudente desconfiar de todo el mundo. Si os hace falta algo, decídmelo. Y ahora no os detengais. Llevaos todos vuestros vestidos. Ponéos los más elegantes, como si fuerais millonaria, y vivid tranquila. No os faltará, del cielo ó de otra parte, la protección que mereceis. ¡Ah! se me olvidaba. Sentaos aquí. Escribid. Dicto:

«Perseguida por el señor de Taunay, he decidido salir de Paris. Quiero que se ignore dónde estoy. Viviré como pueda. No olvido vuestras bondades, á las cuales confío poder corresponder algún día. Adios.

»SOLANGE.»

—Está bien. Id lo menos posible á Cormeilles. Os vigilarán, de seguro. Eso al menos es lo indicado. Valor; unas semanas más y todo se arreglará.

Solange deseaba verse lejos.

Bajó precipitadamente la escalera.

La modista quedó preocupada y exclamó para sí:

—¡Quién sabe si todo se arreglará! Ese Tremor me tiene intranquila. Y el marqués puede variar de idea. Todavía es tiempo. Veré á Valentina.

Valentina era la mayor de las hermanas Vernon, un *ejemplar* digno de estudio para cualquier naturalista.

Juliana entró en aquel momento.

—¿La señora ha visto á Solange?

—Sí, y se me figura que no volverá.

Juliana tembló, pensando en su conquista del día anterior.

¿Habría hecho las paces con Solange?

Pero la maestra no estaba dispuesta á hablar, y no era prudente molestarla en sus momentos de mal humor.

Y quiere decir que si aquella no selo refería todo, recurriría al medio de escuchar por detrás de la puerta, cuando fuera el marqués.

Juliana no se ahogaba en poca agua.

Cuando Solange se vió en la calle, respiró con más gusto, pareciéndole que acababa de recobrar su libertad.

El presente estaba medio asegurado; esto era lo importante. ¿Cuál sería el porvenir?

Empaquetó sus trajes y ropa blanca y llamó al portero para que la ayudara á bajarlos.

El buen hombre se mostró muy pesareso por la marcha de Solange.

Pero ella le aseguró que no era para siempre, sino por una temporada.

No se llevó nada del mobiliario.

Mientras el portero iba á buscar un carruaje, entró un caballero.

Era Souvray.

Solange sintió verdadera alegría al verle.

Tenía un amigo leal en él.

No era la primera vez que Souvray iba á ver á Solange. La visitaba con frecuencia y hasta solía pasear con ella.

Eran muy buenos amigos.

Solange estaba por él al corriente de la vida de Román. El conde la hablaba, aunque discretamente, de la marquesa, de lo buena y noble que era. Roberto procuraba dar valor y buenos consejos á Solange. Ella, ménos sincera, le ocultaba parte de la verdad, sobre todo, las indicaciones de su maestra, indicaciones que respondían á su deseo de venganza, á su secreta ambición, removiéndola hiel que guardaba en el alma.

En el corazón de toda mujer hay siempre algo que ella no revela ni á su mejor amigo.

—¿Qué sucede?—le preguntó el conde.

Ella le enseñó la carta de Román.

—¿Entonces ha venido?—dijo él después de leerla.

—¿Quién?... ¿Taunay?

—Sí, Oliverio.

—¡Vino, efectivamente!

—¿Te sigue persiguiendo?

—Siempre.

—¿Qué te propone?

—Todo lo que yo quiera.

—¡Miserable! Pero... ¿tú no aceptas?..